

La Capilla Sixtina

¡¡¡VIVA CHINA!!!

Lo que son las cosas. O lo que no son. Vayan ustedes a saber. O no vayan ustedes a saber. Ya habrán comprendido que mi odio por las frases hechas me llevaría a una continua rectificación de lo expresado, porque al cabo de quinientos años de "idioma oficial", ¿alguien puede distinguir una frase hecha de otra que no lo sea? Estoy sensibilizado en contra del lenguaje y tengo mis motivos. Por ejemplo, usted, querido amigo lector, al que tanto ouiero y tanto me quiere, usted salga a la calle y grite: ¡Viva la URSS! No se atreve y es comprensible. Ahora bien, salga usted a la calle y grite: ¡Viva China! ¿A que se atreve un poco más?

Y es lógico, porque la prensa española se está llenando de testimonios directos de China, testimonios enviados por los primeros chionautas españoles. Envían crónicas increíbles, pero que se han de creer; crónicas que jamás habrían enviado desde la URSS. Hay aquí un contrasentido. Como dice el señor Blas Piñar, el comunismo es intrínsecamente perverso. Que sea chino o soviético es cuestión "accidental", no "sustancial". Entonces, ¿por qué esta discriminación?

—Hombre —me dice Marco Antonio Alfonso—, es que entre la URSS y España hay tela histórica y, en cambio, entre China y España, nada.

Yo a esto le llamo irracionalismo simbólico. Hay una prioridad significativa en todo símbolo, y la prioridad significativa del símbolo chino o del soviético es el comunismo. Marco Antonio no se da por convencido.

—Pero, Sixto, es que incluso en el problema de los agentes. Todo es distinto.

—¿Qué agentes?

—Si los soviéticos envían agentes secretos, no se notan. Pero si los chinos envían agentes secretos, se les ve de lejos. Es todo, todo mucho más tranquilizador.

—Sigo sin entender por qué el señor Salvador López de la Torre era tan anticomunista en Francia (llegó a superar al propio Debré) y tan prochino en China, quitando a la aceptación prochino las letras M. L.

—Pero si no las lleva.

—Yo ya me entiendo.

—Y yo. Pero es que a veces, Sixto, te pones de un pesado que me sulfuras. Si está claro. Clarísimo.

Me he cruzado de brazos y negado tres veces con la cabeza. Marco Antonio ha tomado una decisión heroica.

—Voy a llamar a un alto cargo, cuyo nombre no viene al caso, y le voy a preguntar el quid de la cuestión.

Ha llamado, rellamado, presionado; se ha autorrecomendado varias veces y finalmente ha dado con su objetivo.

—Pepiño, soy yo, Marco Antonio..., cuánto tiempo...

Y empieza el hábil interrogatorio telefónico. Finalmente, Marco Antonio ha colgado el teléfono y le he adivinado una cierta preocupación en la caída de los ojos.

—¿Qué te ha dicho?

—Que todo se debe a los tradicionales lazos de amistad que han unido a nuestros dos pueblos.

—Debe remontarse a la época del "sinantropus pekkinensis".

—Eso será.

Y se ha marchado muy amoscado. Yo estaba ya decidido a mayores empresas. He bajado a la calle, me he colocado en el centro de la plazuela de la calle del Conde de Valle de Suchil y he gritado varias veces: "¡Viva China!". Inmediatamente ha avanzado hacia mí una contramanifestación espontánea de 200.000 españoles que gritaban:

—¡Los gamberros, al paredón!

Pero hasta ahí había un matiz. No gritaban: "¡Rojos, al paredón!".

SIXTO CAMARA

FEIFFER

YO FUI UN NIÑO INSEGURO.



ANGUSTIADO, INFELIZ.

MIS PADRES ME DECÍAN: "YA SE TE PASARÁ CON LOS AÑOS".



FUI UN JOVEN INSEGURO.



FRUSTRADO, INFELIZ.

MIS AMIGOS ME DECÍAN: "YA SE TE PASARÁ CON LOS AÑOS".



FUI UN MARIDO INSEGURO.



INSATISFECHO, INFELIZ.

MI MUJER ME DECÍA: "YA SE TE PASARÁ..."



SOY UN PADRE INSEGURO.



MIS HIJOS VIVEN ANGUSTIADOS, NO SON FELICES.

YO LES DIGO QUE YA SE OS PASARÁ...



¡QUE CORRA LA BOLA!

